

LO reveló Herbert Wehner (1) a un periodista holandés hace unas semanas. Adenauer y los representantes de las potencias occidentales habían acordado en su momento por escrito que si los soviéticos exigían la celebración de un plebiscito en las cuatro zonas de ocupación en que había quedado dividida Alemania tras su derrota, y el resultado de la consulta era positiva a la reunificación del país, dicho proceso debía ser, no obstante, bloqueado. Era preciso, antes de nada, consolidar las estructuras de la zona occidental.

De esa forma, la división de Alemania, de la que los primeros responsables fueron los occidentales, iba a convertirse —desde 1949— en símbolo vivo de la propia división del mundo en dos bloques rivales. Y la posibilidad de una futura reunificación del país iba a depender estrechamente de la común voluntad de superación de ese antagonismo fundamental, concretado, por lo que se refiere a Europa, en dos organizaciones militares: la OTAN, que nació primero —en 1949—, y el Pacto de Varsovia, firmado en 1955.

Sin embargo, desde el primer momento, los alemanes de uno y otro lado de la frontera artificialmente trazada por los vencedores iban a mantener viva la esperanza de recuperar un día la patria común. Así, significativamente los ciudadanos de la futura RFA no se dotarían a sí mismos en 1949 de una auténtica Constitución, sino de una Ley Fundamental —es sólo un matiz—, que según rezaba uno de sus artículos, dejaría de estar en vigor el día en que se promulgase una Constitución aprobada libremente por todo el pueblo alemán. También en la otra zona se afirmaba la existencia de una sola nación alemana, cuyos miembros estaban provisionalmente repartidos entre dos Estados.

La guerra fría y la terquedad de los cristiano-demócratas de Konrad Adenauer iban a dificultar, no obstante, desde un principio toda posibilidad de acercamiento entre las dos Alemanias. La negativa del Gobierno de Bonn a reconocer a la RDA se materializaría en la doctrina

(1) Jefe del grupo parlamentario del SPD.



Un grupo de "vopos", junto al muro de Berlín.

Alemania Una reunificación difícil

JOAQUIN RABAGO

Hallstein: la RFA rompería sus relaciones diplomáticas con cualquier país que admitiese la existencia, como Estado independiente, de la RDA. Hasta que, en 1972, los socialdemócratas, con Willy Brandt al frente, dieron un giro de ciento ochenta grados a la política seguida por Bonn frente a Pankow. Las dos Alemanias firmaron el tratado de buena vecindad y respeto de la soberanía territorial e ingresaron finalmente en la ONU.

Mientras tanto, sin embargo, la RDA parecía dispuesta a seguir camino independiente como Estado. Su Cámara Popular enmendaría la Constitución, eliminando de la misma toda referencia pasada a la nación alemana. Lo alemán quedaba borrado de un plumazo y, en adelante, cada vez que hubiese que mencionar la herencia cultural común a las dos Alemanias —Beethoven, Thomas Mann, Heine, Schiller o el propio Carlos Marx—, en la RDA se recurriría al término de "sozialistische Nationalkultur" (cultura nacional socialista).

Pero una cosa son las leyes fundamentales, los decretos y demás disposiciones, y otra los sentimientos

—mejor o peor disimulados— de los ciudadanos a quienes se aplican. Y estos últimos —estén a un lado o a otro de la frontera— no parecen resignarse a ser simplemente eso: ciudadanos de la RFA, los unos; ciudadanos de la RDA, los otros. En el fondo, todos ellos se sienten algo que, al parecer, no existe de manera oficial. Esto es, alemanes sin más.

La pregunta que se plantea es si a los treinta años de la creación de ambos Estados, y a pesar de sus diferentes sistemas políticos y económicos, todavía hoy es posible su reunificación. Pregunta que, como señalaba "Der Spiegel" en su último número, cobra estos días de nuevo actualidad. Tal vez tengan que ver con todo ello las recientes y polémicas declaraciones del antes citado Herbert Wehner sobre el tema, también candente, del desarme. Al atacar a su compañero de coalición, el liberal Genscher, por su supuesta intransigencia en las conversaciones de Viena sobre reducción equilibrada de fuerzas (2), Wehner rechazaba la conveniencia de un eje Bonn-

(2) Ver "Equilibrios sobre el abismo", J. R. (TRIUNFO, número 839).

Washington, ya que el mismo podía ser interpretado en el Este como una amenaza real. El político socialdemócrata se opone a la instalación de misiles nucleares de alcance medio en la RFA porque ello alejaría cada vez más las posibilidades de entendimiento entre las dos Alemanias. Su propuesta es, por el contrario, reducir las actuales tensiones, avanzar en las conversaciones SALT y en las de Viena, fomentar la cooperación económica entre el Mercado Común y el Comecón, y tejer una red lo más tupida de intereses entre la RFA y la RDA, que permita, en una segunda fase, crear instituciones más sólidas y llegar a una eventual comunidad económica interalemana.

Los cálculos de Wehner son que la URSS tiene auténtica necesidad de una déntente en Europa para poder concentrarse en la defensa de sus fronteras del Este, frente a China, que vería con buenos ojos un acercamiento entre Bonn y Pankow. Pero lo que para la URSS tal vez resulte tranquilizador, aparece como un peligro para otros países europeos que temen, como apuntaba el citado semanario hamburgués, una reedición de viejos acuerdos germano-soviéticos. Y el país que se siente más directamente amenazado es sin duda Polonia, que recuerda demasiado bien el pacto firmado por Hitler y Stalin en 1939. Quiquiera que haya estado en Polonia sabe que si allí se soporta mal que bien la presencia soviética es por lo que supone de garantía para la integridad territorial de un país que no ha conocido a lo largo de la Historia más que divisiones.

Al mismo tiempo, tales perspectivas de acuerdo a medio plazo entre las dos Alemanias con el visto bueno de Moscú alarman al ala más conservadora de la Administración norteamericana, que ve con recelo la creciente independencia de Bonn con respecto al Gobierno vacilante de Carter. El propio Brzezinski ha advertido contra una posible "finlandización" de Alemania. Y este tema será sin duda crucial en las próximas elecciones norteamericanas, en las que la política exterior va a ser un importante caballo de batalla. ■